



La Santa Sede

**DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
A LAS FRANCISCANAS MAESTRAS DE LA TERCERA
ORDEN REGULAR DE SAN FRANCISCO**

Viernes 6 de julio de 2001

Amadísimas hermanas:

1. Me alegra dar mi cordial bienvenida a cada una de vosotras, que habéis venido a Roma con ocasión del XVIII capítulo general de la congregación de las religiosas Franciscanas Maestras de la Tercera Orden Regular de San Francisco. Saludo en particular a la madre María Luceta Macik, superiora general, y al consejo general.

Con esta visita al Sucesor de Pedro, tan deseada por vosotras, habéis querido testimoniar vuestra fidelidad al Vicario de Cristo y vuestro propósito de afrontar con renovado entusiasmo los desafíos apostólicos actuales. Este compromiso responde a una dimensión importante de vuestro carisma, que desde hace algunos años os ha impulsado a adquirir un mayor carácter misionero. Para llevar la buena nueva del Evangelio, habéis llegado hasta remotas regiones de África, América y Asia, incluso Kazajstán y Kirguizistán. Aprovecho esta ocasión para manifestaros mi sincera satisfacción por la generosidad con que participáis en la misión de la Iglesia al servicio de los pobres, y os animo a proseguir la obra iniciada, continuando la tradición franciscana de vivir el Evangelio *sin glosa*.

Con este espíritu la madre Francisca Antonia Lampel fundó vuestra familia religiosa en Graz, Austria, en 1843, y por este camino continuó la madre María Jacinta Zahalka, realizando una nueva fundación en Bohemia. Con vuestra congregación, centrada totalmente en Cristo, escuchado en el Evangelio, celebrado y adorado en la Eucaristía y servido en los más pobres, enriquecieron con una nueva rama el gran árbol plantado por el *Poverello* de Asís. Vuestra Regla, que se inspira en la esencialidad típica del franciscanismo, gira sobre cuatro ejes fundamentales: la penitencia, la oración contemplativa, la pobreza y la minoridad. Se especifica, además, a través

de la atención a los grandes valores de la sencillez y la fraternidad, que os disponen a ir al encuentro de todas las formas de pobreza y a construir la paz en todos los ámbitos sociales. Una frase de vuestra fundadora ilumina de forma particular vuestro estilo misionero: "Yo estoy aquí con Dios por vosotras". Oportunamente la recordáis a menudo, para que os estimule a llevar una existencia consagrada completamente al servicio del Señor y del prójimo.

2. Ciertamente, hoy vuestro carisma específico, constituido por la misión educadora, exige creatividad y generosidad para llegar a las personas dondequiera que se encuentren y promover su desarrollo integral, educándolas cristianamente.

La gracia del gran jubileo, con la que el Señor quiso preparar a la Iglesia para afrontar los desafíos del nuevo milenio en una etapa inédita de evangelización, os impulsa también a vosotras a realizar opciones audaces con la sabiduría del escriba evangélico, que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo (cf. *Mt* 13, 52).

Esas opciones exigen ante todo una profunda adhesión a Cristo, con la convicción de que, como escribí en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, "no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: *Yo estoy con vosotros*" (n. 29). Cristo, "al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste" (*ib.*), debe ser el centro de todo programa, de toda estrategia pastoral y de toda actualización de la vida religiosa. Sólo con él es posible "remar mar adentro" hacia los nuevos horizontes de la historia y avanzar con esperanza, aun en medio de problemas y dificultades a veces aparentemente insuperables.

Sí, sólo con la mirada fija en Cristo podréis también hoy ser fieles a vuestra identidad espiritual. En efecto, este es el tema que queréis profundizar en vuestro capítulo general, que espero dé los deseados frutos religiosos y pastorales.

3. Al afrontar las múltiples expectativas y propuestas que caracterizan vuestra actividad diaria, tened siempre presente que cualquier opción y cualquier programa corren el riesgo de fracasar si no nacen en el marco de una búsqueda individual y comunitaria de la santidad. El anhelo de santidad, "alto grado de la vida cristiana ordinaria" (*ib.*, 31), os ayudará a traducir en gestos coherentes vuestro compromiso en favor de la inculturación del Evangelio, así como a llevar la paz a los diversos y complejos escenarios en los que trabajáis, dominados a menudo por lógicas de violencia y muerte.

Para que podáis testimoniar, con fidelidad a vuestro carisma franciscano, el gran mandamiento del amor, viviéndolo con alegría y perseverante paciencia, es preciso que vuestras comunidades y vuestras obras sean auténticas casas y escuelas de fraternidad, donde la espiritualidad de comunión surja como estilo de vida y principio educativo fundamental. Con este fin, valorizad la aportación de todas las hermanas, también la de las ancianas, que atesoran un notable

patrimonio de experiencia y madurez.

Estoy convencido de que gracias a vuestro testimonio y a vuestra oración se producirá el esperado florecimiento de vocaciones, que dará nueva savia y frutos abundantes al árbol antiguo y fecundo de vuestro instituto. No olvidéis, sobre todo, que la contemplación y la escucha de la palabra de Dios constituyen la fuerza interior de toda actividad apostólica y el corazón de una vida religiosa ferviente y equilibrada.

Que la Virgen María, como maestra de fe y esperanza, os acompañe en vuestro compromiso espiritual y misionero de cada día. A ella le encomiendo vuestra misión educativa y vuestro deseo de servir a los hermanos, así como los trabajos y los generosos propósitos del capítulo general que estáis celebrando.

Por intercesión de san Francisco y de santa Clara de Asís, imploro al Señor que derrame sobre la congregación los dones celestiales de paz y bien, al mismo tiempo que, de buen grado, os imparto a vosotras, a vuestras hermanas y a cuantos son objeto de vuestra solicitud pastoral, una especial bendición apostólica.